deseo que se ponga término a una etapa, sino que sigan abiertas puertas y ventanas historiográficas a la luz de los arcanos del Pallars para que se fundamente con mayor solidez el hecho diferencial pallarés, profundizando en su pasado político e institucional, y es, en esa línea, donde Jaume Sobrequés, Josep Maria Bringué i Portella, Carme Marugan i Vallvé y Joan Josep Busqueta i Riu ocupan por derecho propio la primera bancada de la lucha para lograr, si fuera posible, en el futuro, la construcción de la mencionada República Social Pirenaica del Pallars.

MANUEL J. PELÁEZ
Universidad de Málaga

TOUCHARD, Jean, *Histoire des idées politiques* (reed., París, Presses Universitaires de France, Col. "Quadrige", 2006), I: *Des origines au XVIIIe siècle*, xi + 382 + xi págs.

Nos enfrentamos a la reedición de una obra clásica por antonomasia escrita en buena parte por Jean Touchard, que además revisó el conjunto del texto, y en cuya redacción colaboraron Louis Bodin, Pierre Jeannin, Georges Lavau y Jean Sirinelli. Dentro de las numerosas historias de las ideas políticas y jurídicas que se han publicado en Francia en los últimos setenta y cinco años, esta obra de Touchard es sin duda la que ha tenido mayor aceptación, habiendo sido además traducida al castellano como "Historia de las ideas políticas" a cargo de Javier Pradera, siendo publicada en Madrid por la editorial Tecnos, al italiano como "Storia del pensiero politico" publicándose en Milán y con posterioridad al portugués dentro de las denominadas Publicaciones Europa-América titulándose "História das ideias políticas".

La relevancia que tenía y sigue teniendo la manualística de Historia de las ideas políticas se debía y se debe a que una asignatura de ese título ha existido en los estudios de "Licence" o de "Maîtrise" y actualmente existe en los de "Licence" y Master en las Facultades de Derecho. Con frecuencia solían ser dos las asignaturas que se impartían, una Historia de las ideas políticas que llegaba hasta finales del siglo XVIII y otra que se denominaba Historia de las ideas políticas desde la Revolución hasta nuestros días. La línea de corte cronológico era clara, antes y después de 1789.

Ya de buen inicio Touchard establece lo que considera una distinción importante en la elaboración del libro. Una cosa son las "doctrinas políticas" y otra las "ideas políticas", pues en lugar ilustrado -según el propio Touchard- quedó indicado que la doctrina es el conjunto de "dogmas, sean religiosos, sean filosóficos que permiten al hombre interpretar los hechos y orientar la dirección de su conducta" (p. vi). En cambio, las ideas políticas son un concepto más amplio y que no se trata "solamente de analizar los sistemas políticos, elaborados por algunos pensadores, sino de reemplazar estos sistemas dentro de un contexto histórico, de tratar de ver cómo han nacido y qué representaron para los hombres que vivieron en esta época" (p. vi). Para Touchard la Historia de las ideas políticas es inseparable de la Historia de las instituciones políticas. Tal vez respondiendo a esta misma mentalidad cuando se creó en España la primera cátedra de Historia de las ideas políticas en la Universidad de Madrid se denominó Historia de las ideas y de las formas políticas y en dicha oposición se impuso con claridad Luis Díez del Corral y Pedruzo (1911-1998), de orientación muy afrancesada que le llevó a ser premiado, con el tiempo, con un doctorado honoris causa por la

Sorbona. También tuvo una dependencia muy fuerte del pensamiento francés José Antonio Maravall Casesnoves (1911-1986), que sería el catedrático de Historia del pensamiento político español en la cátedra correspondiente al cuarto año de los estudios de Ciencias Políticas en la Universidad de Madrid.

Describen los autores, en concreto Jean Sirinelli las grandes ideas de la Atenas democrática y a los más significados pensadores del momento con un despliegue conceptual y bibliográfico impresionante. Sin embargo, no se da este conocimiento tan profundo cuando el propio Sirinelli aborda en el capítulo segundo Roma y los comienzos del cristianismo, siendo materia en extremo estudiada y sobre la que han corrido ríos de tinta. Al resumir el pensamiento político cristiano hasta San Agustín, señala Sirinelli la existencia de contradicciones respecto a la esclavitud y la riqueza y disocia el dominio del cuerpo y el del espíritu, lo que le permite a este A. negar cualquier pensamiento posible a Cristo. Según Sirinelli, San Pablo, “desarrollando los Evangelios, da a entender que no existe una organización social específicamente cristiana, sino una manera cristiana de cumplir los deberes sociales dentro de la organización existente” (p. 96). Luego examina las teorías de Celso, Tertuliano y Orígenes para pasar a las que se pusieron en circulación tras el edicto de Milán con el obispo de Cesarea, Eusebio, y luego las de San Agustín, en las que este último “mantuvo todas las distancias entre el ideal cristiano y la política positiva, pero él afirmó al mismo tiempo la necesidad de conservar las buenas relaciones entre ambos” (p. 114).

Correspondió a Louis Bodin estudiar el empirismo hierocrático altomedieval y las ideas políticas del Islam. La Edad Media central permite presentar las ideas políticas de esa extraordinaria figura que fue el Papa Gregorio VII. Louis Bodin describe los fermentos del espíritu laico de las ciudades del Sur de Francia como una consecuencia de la oposición de la población civil a unos clérigos que aparecen como “los más sólidos garantes del orden feudal, particularmente manifestado en todo lo que concierne al catarismo y al joaquinismo” (I, p. 176). La reforma gregoriana es abordada desde el punto de vista de la jerarquía de la Iglesia más que desde otra óptica, en clave del “acceso al trono pontificio”, en una iglesia -según este autor- invadida por el nicolaísmo y la simonía y dividida por el Cisma de Oriente. Reproduce el contenido de algunas de las propuestas del *Dictatus Papae* de 1075 y la carta de Hermann, Obispo de Metz, que se consideró en su momento modélica respecto a las relaciones entre la Iglesia y el Estado. En este apartado se siguen con frecuencia las ideas puestas de manifiesto en la importante obra de H. X. Arquillière, *L'augustinisme politique. Essai sur la formation des théories politiques du Moyen Âge*, de la que había una primera edición publicada en París en 1934 y una segunda de 1955. Con posterioridad se ha reimpresso esta obra.

Algo desenfocado nos parece en el libro el planteamiento general que se hace de la Paz y Tregua de Dios, y de los Sínodos eclesiásticos que establecieron períodos de tregua y determinaron las personas que deberían quedar exentas de la violencia que generaba la estructura feudal.

Yvo de Chartres y el *Polycraticus, sive de nugis curialium et vestigiis philosophorum* merecen especial atención en el tratamiento que les da Louis Bodin. La crítica de la tiranía como estado demoníaco es tanto más inteligente que la falta de ilustración y conocimiento de la ley de Dios, pues “rex illiteratus est quasi asinus coronatus” (p. 165).

Un capítulo singular es la atención que merece la ciudad por su contribución a la laicización y como espacio abierto al anticlericalismo, de bastión frente a la ortodoxia clerical.

Se pasa examen también a la formulación que San Bernardo de Claraval hizo de la teoría de las dos espadas, al simbolismo político e ideológico de las Cruzadas, a las bulas de Bonifacio VIII, *Clericis laicos* (25 de febrero de 1296), *Etsi de statu* (31 de julio de 1297) y *Unam Sanctam* (18 de noviembre de 1302).

El pensamiento político de Santo Tomás de Aquino, particularmente en *De regimine principum*, es tratado con elegancia, cuya construcción se considera “una verdadera metafísica medieval del Estado” (p. 189).

La Baja edad media es contemplada como de decadencia del poder eclesial, sin perder de vista, no podía ser de otro modo siendo franceses los autores del libro, que el Papado de Aviñón introdujo “una organización sistemática del gobierno eclesiástico”, con un perfeccionamiento del sistema administrativo, financiero y judicial (p. 198). Marsilio de Padua, Juan de Jandun y Guillermo de Ockham ocupan los lugares preferentes.

La función de la Iglesia en el nacimiento de las naciones modernas se ve más como positiva que negativa, pues “la Iglesia ha preparado o conservado un cuadro territorial y administrativo para la eclosión de las naciones y el propio sentimiento patriótico tiene en parte un origen religioso” (p. 219). Sin embargo, a pesar del luteranismo, la secularización del Estado y la reforma protestante, Pierre Jeannin presta una atención cuidadosa y respetuosa al pensamiento católico moderno al describir a Erasmo de Róterdam, Tomás Moro, Luis Vives, Juan Ginés de Sepúlveda, Francisco de Vitoria y Bartolomé de las Casas. No obstante, la valoración que se extrae del luteranismo político y del calvinismo merece por parte de Jeannin una lectura más positiva que crítica. Luis de Molina, Roberto Bellarmino y Juan de Mariana forman parte de los teólogos políticos de la contrarreforma cuyas tesis se describen.

Juan Bodino, Althusio, Francisco Suárez y Hugo de Groot cuentan con una atención que sobrepasa a lo mejor la que merecerían en un manual de historia de las ideas políticas.

El propio coordinador de la obra se encarga de llevar a cabo un detallado estudio de las ideas políticas en la segunda mitad del siglo XVII, con la figura central de Luis XIV, aunque sea un siglo de crisis y de revoluciones tanto en Inglaterra como en los Países Bajos. Touchard contempla la “filosofía política española del siglo XVII como profundamente ligada a la tradición católica” y “esencialmente pedagógica” (p. 316).

El nuevo derecho natural no fue creado por Hugo de Groot, según Touchard, ya que, para él, Grotius ni fue el creador de este nuevo Derecho natural ni el inventor del Derecho internacional, pues “su obra depende estrechamente, tanto por lo que se refiere a la forma como en el fondo, de la tradición escolástica, es una obra de transición entre el ‘derecho natural metafísico’ y el ‘derecho natural racionalista’” (p. 321).

La relación entre religión y política en el siglo XVII la ve Touchard desde las perspectivas del tradicionalismo y el oportunismo, el racionalismo y el secularismo y el espiritualismo y el utilitarismo.

No se le olvidan los teóricos galos defensores del absolutismo monárquico (Guez de Balzac, Cardin Le Bret, Philippe de Béthune, H. du Boys, entre otros). Igualmente se recogen los doctrinarios contrarios al absolutismo monárquico como Claude Joly y Paul de Gondi. Destruye Touchard la imagen de Jacques Bénigne Bossuet como “el soldado de Dios, el campeón de la fe, el símbolo de la autoridad moral, la nobleza y la serenidad” (p. 343), pues, para Touchard, Bossuet no fue un vencedor, sino que forma parte del largo listado de los vencidos, y tampoco era un pensador político, ya

que la política no era para él más que un corolario de la fe (p. 343). Fue coherente, pero no original (p. 346). Esto claro está según el criterio de Touchard, sin duda autorizado pero no compartido por muchos.

A la decadencia del absolutismo se dedica el último capítulo del vol. I, recibiendo un tratamiento científico político singular Cornelius Jansen, Blas Pascal, Fénelon, Saint-Simon, Spinoza, Leibniz, Locke, etc.

La obra dirigida por Touchard es un clásico por antonomasia. Sólo así se explican las continuas reediciones que se han hecho de este libro, que probablemente sea la mejor síntesis que se ha escrito en el siglo XX y en lo que llevamos del XXI de Historia de las ideas políticas. Francia no es solo el laboratorio constitucional de Europa sino el crisol de las síntesis más logradas, agudas e inteligentes que se han escrito de historia de las ideas políticas. Aquí quedan los nombres de Jean-Jacques Chevallier, François Châtelet, Marcel Prélot, Marc Costaz, Paul Dubouchet, Georges Lescuyer, Marcel Prélot, Évelyne Pisier, Jean-Claude Ricci, Olivier Nay, Yves Guchet, Eric Gojosso, Dimitri Georges Lavroff, Jean-Luc Chabot, Roger Daval, Philippe Nemo (sólo el tomo II tiene 1428 páginas), etc. Durante generaciones de ortodoxia ideológica del sistema franquista se permitió publicar la obra de Touchard en España, pero se la tachó de planteamiento marxista por parte de los más osados y de simplemente progresista por la mayoría. En lo que afecta al tomo I el abajo firmante no ha detectado el primer planteamiento casi por ninguna parte y el segundo conforme al uso político de la palabra progresista sí que se observa con frecuencia. En esta línea situaríamos el talante anticlerical y anticatólico que puede verse detrás de algunas de las afirmaciones recogidas en el libro, pero no es ni general, ni preferente, sino ocasional, es decir, en una ocasión sí y en otras también, pero en no pocas tampoco. Es posible que la vena anticlerical quede acentuada en el tomo segundo, pero ese lo dejamos para otra ocasión.

MANUEL J. PELÁEZ
Universidad de Málaga